

## **P. JUAN M<sup>a</sup>: SÁNCHEZ-RIVERA PEIRÓ, S.J.**

**Piedrahita de Cebreros (Ávila), 18 junio de 1938.**

**Alcalá de Henares (Madrid) 5 de noviembre 2018.**

El lunes, 5 de noviembre, la comunidad de Alcalá de Henares, quedó impactada ante la noticia del Superior, P. Rafael Mateos, en que comunicaba que el P. Juan M<sup>a</sup>. Sánchez Rivera acababa de fallecer a la una del mediodía. Dos horas antes le había dado la Unción de los Enfermos. Parecía increíble, dada su vitalidad y que, el sábado por la tarde, tenía programada su actividad para el domingo. Entre otras cosas decir una misa a un grupito de amigos en Madrid y por la tarde ver una película. El Señor tenía otros caminos, ya que al levantarse por la mañana se cayó en la habitación. Se hicieron conjeturas de si se había resbalado. La versión posterior fue que le dio algún ictus cerebral ya que la metástasis de sus pulmones le abarcaba también al cerebro. Encamado y adormilado pasó el domingo y el lunes se fue a gozar del Señor. Tenía 80 años de edad y 63 de jesuita.

### **Ascendencia.**

El P. Juan había nacido el día 18 de junio de 1938 en plena guerra civil española (1936-39), en Piedrahita de Cebreros. Pueblo interesante por ser partido judicial de Ávila. Allí vivía su abuelo paterno, Don Marcelino Sánchez Rivera, que fue médico de la población, entonces de unos 3.000 habitantes, a los que atendió durante unos 40 años. Uno de los hijos del matrimonio, se llamó Juan, a quien enviaron a Madrid para hacer los estudios de abogado. Inteligente, con solo 22 años era doctor en Derecho Civil. Quiso poner en el pueblo un bufete para estar junto a la familia. Lo hizo en Madrid donde además de ser miembro de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, fue también un gran escritor y un gran político en las filas socialistas. Uno de sus cargos fue el de gobernador de Burgos durante el bienio de 1933-35. Después de una vida activa, en el ejercicio laboral, que repartía entre la abogacía, conferencias y publicaciones, vemos en Internet que le describen con este bonito elogio: *“Fue un buen elemento en la recta administración de la justicia y predispuesto siempre a ayudar al débil y desamparado”*. Falleció el 29 de mayo de 1962.

Este caballero fue el padre de nuestro P. Juan. Su madre fue Doña Ana Peiró que falleció cuando Juan estudiaba. En las notas al momento de ingresar en la Compañía escribía que fueron dos los hijos del matrimonio: él, con el mismo nombre que su padre, y Ana, que le precedió, con el nombre de la madre. Ana se casó con el francés Alain Charier el año 1961, en cuya boda el padre fue padrino y Juan uno de los testigos. Después del viaje de novios por España y Francia, fueron a vivir en París donde ella murió hace dos o tres años.

Trasladada la familia a Madrid, el año 1939, procuraron la mejor formación para los hijos. Para Juan escogieron el Instituto Ramiro de Maeztu que tenía fama de ser un centro de los mejores de enseñanza. En él hizo el bachillerato y el acceso a la universidad. Además de inteligente era un muchacho devoto con ganas de superarse. Pronto el Señor le bendijo y premió con la vocación religiosa. En el centro, estaba de padre espiritual el P. Eduardo

Granda. Hombre fervoroso y apostólico, cada día daba una hora de religión a los diversos cursos, les decía la misa y les atendía en su despacho. Especial atención tenía con los congregantes marianos. Colaboraba con el jefe de estudios y de disciplina. El objetivo principal era hacer de los alumnos buenos cristianos. Entre ellos conseguía cada año formar un grupo que se tomara en serio su conversión personal, el sentirse “siervos sin provecho” y que quisieran ir adelante en el conocimiento a Jesús y seguirle. El grupo tenía tres o cuatro compromisos personales: hacer un rato de oración diaria, hacer los ejercicios espirituales internos, asistir a los actos semanales los sábados por la tarde, en honor de la Virgen, y el abono de las cuotas. El joven Juan pertenecía a este grupo y en él sintió la llamada de Dios. Así lo recordaba el jesuita P. Augusto Hortal, que tuvo la homilía el día del funeral y eran buenos amigos: *“Fuimos compañeros durante todo el bachillerato en el Ramiro Maeztu. También compartimos nuestra pertenencia a la Congregación Mariana que promovía el P. Eduardo Granda. Pero donde se fraguó nuestra amistad fue en los años de Aranjuez y Alcalá, sobre todo en esta casa de Alcalá que todos recordamos como una de las etapas más estimulantes y positivas de nuestras vidas”*.

Confirmada su vocación religiosa, y con la anuencia de su padre, no había cumplido aún los 17 años, se fue al noviciado de Aranjuez. Fue el día 7 de septiembre de 1955 cuando llegó. Le recibió el P. Ayudante del maestro de los novicios, Manuel Alarcón, quien le presentó al maestro P. Manuel Solís. Este le anotó en el Libro de Ingresados para que pudiera hacer los votos en la festividad de la Natividad de la Virgen María que era al día siguiente.

En el diario del noviciado se dice el día 7 miércoles: *“Día de los Beatos Mártires de Hungría. Viene el candidato llamado Juan Sánchez Rivera, del Instituto Ramiro de Maeztu. Baja con nosotros a quiete el P. Alcalá del Olmo. Por la tarde barremos las escaleras del noviciado y la capilla. Tenemos merienda en la viña con el P. Ayudante. Dos novicios bajan con el candidato.”* Sin duda esos dos novicios, fueron los llamados “ángeles” que le instruyeron unos días y le introdujeron en la vida comunitaria.

El día 19 lunes, vistió por primera vez la sotana jesuítica. Con ella dio el abrazo a los de la comunidad, mientras recibía la enhorabuena de cada uno, por incorporarse a la Compañía. Esa noche pasó ya a vivir en el noviciado para iniciar la vida religiosa. Una de las primeras prueba era hacer el mes de ejercicios. Junto con los novicios ingresados en el año, le comenzaron el 10 de octubre y le terminaron el 12 de noviembre víspera de la fiesta de San Estanislao, patrón de los noviciados.

Con los otros compañeros, Juan, a quien añadieron el nombre de María, y se le conocía como “hermano Sánchez-Rivera”, fue pasando los dos años, hasta que el día 8 de septiembre de 1957 hizo los primeros votos, consagrándose al Señor. Los hizo en la capilla comunitaria con asistencia de todos los de la casa, en la misa que dijo a las 8 de la mañana el Rector, P. Antonio María de Hornedo, más tarde Obispo en el Perú, donde falleció.

Siguiendo las notas del diario, se dice que en la misa de los votos tocó el armonium el filósofo Lorente. Que a las 10 de la mañana tuvieron exposición del Santísimo para pedir por la Congregación General. Y por la tarde el P. Ayudante bajó a informarles de los nuevos cargos, entre los que nombraba “Distributario” al H. Augusto Hortal. Y que por la noche dieron el abrazo al H. Sánchez-Rivera que se despedía de los novicios para

comenzar la nueva andadura del llamado “Juniorado”, en la misma comunidad de Aranjuez, aunque separada de los novicios.

### **Formación escolástica.**

En este periodo que los jesuitas llaman Juniorado, el Hermano Sánchez Rivera, pasó dos años En el primero estudio las Humanidades y en el segundo la Retórica. Entre las asignaturas estaban la oratoria, el arte, la literatura española y extranjera, la lengua y literatura latina, etc. El latín tenían que hablarlo y escribirlo ya que iba a ser la lengua oficial en la filosofía y teología. Juan como tenía facilidad de lenguas lo aprendió muy bien. También estudiaban a los poetas latinos y griegos y la lengua francesa.

En septiembre de 1960, después de las vacaciones en las Navas de Riofrío y ocho días de Ejercicios Espirituales que hacían en comunidad, el H. Juan M<sup>a</sup>. inició el estudio de la filosofía en el colegio máximo que la provincia jesuítica de Toledo tenía en Alcalá de Henares, compartido con los filósofos de la provincia de Andalucía. Le recibió el Rector, P. José Arroyo, que regía la comunidad que sumaba unos 156 jesuitas entre formadores, estudiantes y hermanos. Al año siguiente le substituyó en el cargo el P. Javier Múzquiz. Entre los profesores tuvo a varios famosos por su ciencia y virtud, como José Gómez Caffarena, Salvador Gómez Nogales, José Hellín, Luis Sanz Criado, José María Díez Alegría y Andrés Tornos. De ellos recibió las clases y ultimó los estudios con un examen llamado de “Universa Philosophia”, en el que podían hacer preguntas sobre las asignaturas de los tres años pasados. Sin dificultad le aprobó, consiguiendo el título de “Licenciado en filosofía”.

Seguidamente tuvo otro gozo especial. Fue el recibir la Tonsura y las órdenes menores, llamadas ahora Ministerios, que le acercaban al Sacerdocio.. Se las confirió Sr. Obispo Juan Ricote, auxiliar de Madrid. Con su recepción, dejaban los estudiantes de llamarse hermanos, para ser conocidos como padres. También “maestrillos”, particularmente los que iban a dar clases en los colegios y otros centros educativos.

### **Misionero.**

Dentro de la devoción de los jóvenes júniores y filósofos a Jesús, estaba el de ser misionero. El H. Sánchez-Rivera lo sintió profundamente ya desde antes de ser jesuita. Era un entusiasta y les pedía a los superiores que le enviaran cuanto antes. Su ilusión era ir a Japón, nación entonces encomendada a la provincia jesuítica de Toledo. Volviendo a la homilía del P. Hortal, así lo recordaba: *“Se empeñó en ser “Misionero de Japón” y consiguió que lo destinaran no al salir de Filosofía Magisterio, sino un año después”*. (Estuvo un año en la comunidad de ICAI-ICADE, donde además de ser secretario del Rector, cuidar de la disciplina de los alumnos y empleados jóvenes, enseñó a los alumnos inglés y geografía económica). *“Eso le dio oportunidad de hacer su labor con los que aquel año estudiaban en ICAI y con algunos ha seguido manteniendo una estrecha y cordial relación. Cuando se fue a Japón ya no se hacía demasiadas ilusiones sobre lo que era eso de “ser misionero”. El P. Arrupe estaba terminando su periodo de provincial y al año siguiente le elegirían General”*.

Recibido el destino a Japón, le enviaron primero a Estados Unidos para que se familiarizara con la lengua inglesa. En el noviciado de Milford, del estado de Ohio, estuvo un curso donde perfeccionó lo que ya sabía. Vuelto a España se despidió de la familia y

se fue a su misión. Volviendo al P. Hortal nos dijo: *“Aprendió japonés, se encariño con la cultura japonesa, caligrafía y zen, pero también el trato exquisito y delicadeza que supo combinar con su capacidad de conectar con cada persona desde su espontaneidad. Más que pretender “convertir japoneses” dedicó su vida y su persona a la tarea de conocer, amar y sintonizar con los japoneses desde su fe y su entrega”*.

Ya, en Japón, estudio su lengua al tiempo que atendía a los alumnos de algún colegio y, seguidamente inició el estudio de la teología que eran 4 años. Al terminar el curso tercero fue ordenado sacerdote en Tokio, por el arzobispo Shirayanagi, el 24 de marzo de 1973. Para el curso de Tercera Probación, con el que se pone fin a la formación jesuítica, volvió a España y, en Alcalá de Henares, la realizó durante unos meses bajo la dirección del P. José Arroyo. Solamente fueron tres en el grupo: él, el P. Carlos Casares y el P. Luis Ladaria, hoy cardenal y prefecto de la congregación para la doctrina de la fe, en Roma.

En junio del año 2006, escribió el P. Juan un artículo en la revista “Jesuitas” con lo que él sentía de lo que es ser misionero. Quería unificarse más con los japoneses con los que vivía y, por lo mismo, cambió la nacionalidad, dejando la española y consiguiendo la japonesa. Le tituló: *“Ser misionero significa morir a la propia cultura y nacer a una cultura distinta”*. En él decía: *“Ahora que ya había aprendido que tu apellido se escribe con “v”, ¡vas y lo cambias a “b”!, me dijo hace 20 años mi entrañable amigo el P. Tomás Eceizabarrena cuando, al adquirir la nacionalidad japonesa, Juan Sánchez-Rivera Peiró se convirtió en “Hoan Ribera” a secas, por aquello de que, en japonés, el sonido “Ju” no existe (de Juan a Hoan) y porque el sonido “ve” (que sí existe) no se puede representar en ideogramas japoneses (de Rivera a Ribera). (El lector o lectora interesado/a tal vez sonreirá al saber que mi nombre, en japonés, significa “el que está al lado de la Verdad y la protege buscándola”)*.

*“Las reacciones ante mi cambio de nacionalidad, que, en la actual legislación japonesa implica la pérdida de la nacionalidad española, fueron variopintas. Algunos de mis correligionarios españoles la consideraron, casi, como una traición (¡“Cómo osas renunciar a tus raíces españolas!”); mientras que mis amigos y amigas japoneses se alegraron de ello. Pero hay que añadir que la mayoría de mis estudiantes me miraron -y siguen mirándome- como a un extraterrestre que acaba de aterrizar en el planeta tierra (ambigua mezcla de admiración, estupor, y escepticismo).*

Que un “misionero” español se vuelva japonés parece algo así como una conversión al revés. ¡En vez de convertir a los japoneses son ellos los que le convierten a uno! Pero con el paso del tiempo he llegado a comprender que esa “conversión” probablemente no es más que un pálido reflejo de la que experimentó Jesús al sumergirse en el Jordán y de la que experimentaron infinitos misioneros jesuitas (Javier, Ricci, Pantoja, de Nobili, etc) al sumergirse en una cultura desconocida.

Ser, misionero, añadía, significa morir a la propia cultura y nacer a una cultura distinta. Es perderse y encontrarse. Por supuesto que el cambio de nacionalidad no significa la negación del pasado, ni el olvido de las propias raíces. Pero sí es, o puede ser, un signo de trascendencia, es decir un reasumir el pasado en una nueva dimensión. *“Si el grano de trigo no muere...”*. La espiga que nace no surge de la nada, sino que es el fruto de la muerte del grano que la dio a luz. *¡Y sólo los muertos pueden resucitar!”*.

El jesuita P. Juan Masía, varios años compañero de misión en Japón, ha escrito un bonito artículo, publicado en la prensa digital, en el que retrata al P. Juan con gran cariño y simpatía, y cuenta algunas anécdotas. Copiamos de él:

“ Con su nariz aguileña, rostro barbudo y porte estilizado de cuadro del Greco, el abulense dejó desconcertado al funcionario de aduanas que revisaba su pasaporte en Barajas. "No me diga que es usted japonés". "Pues sí, lo soy, español nacionalizado japonés y jesuita para más señas".

“No era la primera vez que Juan sorprendía a un policía celoso. Recién llegado de Japón en visita de verano, conducía un vehículo de alquiler por Rosales y se saltó un semáforo. El municipal que le obliga a frenar le increpa: "¿Es que no tiene usted ojos para ver que está en rojo?". "Sí, sí, lo he visto, pero me llevó la prisa, perdone, perdone...", dice Juan mientras saca la cartera y pregunta al agente; "¿Cuanto le debo por la multa?". El agente no da crédito a la escena inusitada (en este país no es corriente pedir perdón y dar gracias). "Pero hombre de Dios, ¿usted de donde ha salido?" Juan se ríe: "Lo de hombre de Dios es verdad, porque soy cura. De donde vengo es de Japón...". El agente lo toma por loco y dice: "Ande, váyase y lleve cuidado"...

“Después de una larga etapa de docencia en la Universidad Sophia (Psicología, Antropología, counseling) y de haber desempeñado, entre otros cargos, el de superior de la comunidad del teologado, fue enviado para dirigir la enfermería de los jesuitas de la provincia japonesa. En esa enfermería está ahora el ex-Superior General, Adolfo Nicolás, que, desde su silla de ruedas, nos dice escuetamente el mejor obituario: "*Rivera, era una persona destinada a humanizar las comunidades en las que vivió*". Sus compañeros de los años de filósofo en Alcalá de Henares recuerdan el impacto de dos de sus libros que fueron emblemáticos de tiempos postconciliares. “Manifiesto de la nueva humanidad”, y “El rostro del hombre” (Ed. San Pablo)”.

A esta cita de sus libros sumamos los títulos de otros posteriores titulados: “Cómo mejorar nuestra comunicación”. “Integración Transindividual y Psicología Humanística”. “Integración psíquica y Psicología Humanística”. “Integración corporal y Psicología Humanística”. Integración mental y Psicología Humanística”, “El Robot, el Yogui y el Revolucionario”. A estos escritos habría que añadir sus diversos artículos y conferencias que dio sobre esos temas. En sus años de profesor de Etica en la Universidad Sofia de Tokio. Coincidió con el P. Adolfo de Nicolás, antes de ser General de la Compañía, que explicaba teología dogmática.

### **Su muerte en España.**

El P. Juan había venido en esta ocasión a España en plan de “año sabático”. Llegó en el mes de abril. En Madrid estaba Dña. Pilar Amblés, que siempre le acogía en su casa con cariño. Era como su residencia. Últimamente se había ido a Alicante. De allí llamó a un médico amigo, Don Julio Sánchez Salvador, diciéndole que tenía momentos, como que se ahogaba. El doctor le dijo que volviera a Madrid para examinarle. Así lo hizo. Después de verle con otros especialistas, le diagnosticaron que tenía cáncer de pulmón, que dejara de fumar y que tenían que recibir quimioterapia. Así lo comenzó en el hospital universitario Severo Ochoa. Fue entonces cuando de la Curia Jesuítica le dijeron que viniera a la enfermería de Alcalá y que desde aquí fuera en taxi al hospital. Además como él estaba destinado a encargarse de la enfermería del Japón, le vendría bien ver el

funcionamiento. Así lo hizo desde el día 28 de septiembre en que llegó. Le hospedaron en la enfermería, en la habitación nº. 1, donde hacía la vida ordinaria, aunque a veces y, en especial por la noche, le ponían el oxígeno.

Dado su carácter abierto y hablador, se ganó la confianza de los compañeros y empleados. Atento en dos cumpleaños que hubo, les dedicó una felicitación en japonés. Se levantaba pronto. Le gustaba enterarse de las noticias de la prensa y radio para luego comentarlas. Tenía ganas de curarse para volver a Japón, aunque algún médico le había dicho que podía quedarse en el vuelo por la presión atmosférica. Comía con los palillos que había traído y su habilidad en el manejo era motivo de conversación. Con la comunidad asistía a la Eucaristía y letanías. Sabía algún trozo del evangelio en arameo. Lo recitaba porque decía era la lengua en que habló Jesús. Contento seguía la vida sin pensar en el rápido desenlace. Tampoco lo esperaba un amigo japonés, M. Shigeyuki Ota, que vino de París a visitarle y se le encontró muerto. Como recuerdo dejó junto a su cadáver unas fotos, un libro y algún producto japonés.

Su cadáver fue puesto en la “sala azul” de la enfermería para ser velado y, el miércoles día 7, se tuvo a las 10,15 el funeral comunitario. Le presidió el P. Superior, P. Rafael, acompañado de a su derecha, del P. Taiju Yamanaka, jesuita japonés, venido del Instituto Bíblico de Roma para representar a su provincia. Al otro lado el P. Augusto Hortal. Los otros fueron: Emilio Blas de la Rosa, Agustín Alonso, Francisco Espinosa, Luis Tomás Sánchez del Río, Juan Andrés Llauger, José Ruiz-Calero, Julián López, Javier Quintana, Miguel Angel Tocino que leyó la epístola, de la segunda carta de San Pablo a Timoteo y el versículo: “Caminaré en presencia del Señor en el país de la Vida”. El Evangelio lo leyó el P. Hortal, del de San Juan: “Ha llegado la hora de que este hombre sea glorificado... el que se ama a sí mismo, muere...”. A continuación, tuvo la homilía ya citada, destacando estas facetas del P. Juan: *Su risa franca y ruidosa, su vitalidad siempre positiva de buen conversador, su gran capacidad de amistad y su amor a Japón y su colaboración con los pobres*. Dijo también que, con la muerte, la vida de Juan ha quedado completa definitivamente, esa vida, la que vamos a incorporar en esta Eucaristía, a la vida entregada de Jesús, por la vida del mundo. Eso es lo que celebramos ahora”. También dijo que era poeta. En recuerdo de esa faceta añadimos estos versos en los que hablaba de la llamada y resurrección:

Tú eres resurrección y luego vida:  
¡llámame a Tí, tu amigo, como a Lázaro!  
Llévanos Tú, el espejo, a que veamos  
frente a frente tu Sol y a conocerle  
tal como él, por su parte, nos conoce...  
¡Dame, Señor, que cuando al fin vaya rendido  
a salir de esta noche tenebrosa  
en que soñando el corazón se acorcha,  
me entre en el claro día que no acaba,  
fijos mis ojos de tu blanco cuerpo,  
Hijo del Hombre, Humanidad completa.  
En la increada luz que nunca muere;

mis ojos fijos en tus ojos, Cristo,  
mi mirada anegada en Tí, Señor!

Al terminar la liturgia el P. Superior dio la gracias al P. Taiju, por su venida al funeral, al Dr. Julio y a Pilar por lo mucho que habían hecho por el padre proporcionándole cuidados y atenciones, hechos con mucho cariño, y también a los compañeros y amigos presentes, jesuitas y no jesuitas, que le han hecho pasar unos meses muy felices, así como a todo el personal de la enfermería: médico, enfermeras y auxiliares. Creía que entre todos hemos conseguido que esta última etapa de su vida, además de su buen carácter y fuerte espiritualidad, haya sido un tiempo de plenitud, de ilusión y esperanza.

Últimamente leyó la carta que le había escrito el P. Provincial de Japón, Renzo de Luca, uniéndose a la oración de la comunidad de Alcalá en recuerdo del P. Hoan Ribera. De ella son estos párrafos: “La muerte del Padre nos conmueve profundamente. Yo estuve en contacto con él a través del correo electrónico todas las semanas y él me mantenía al día de lo que pasaba por su cuerpo y espíritu con una gran transparencia. Algunas veces, su mensaje habitualmente ameno y afectivo, se volvía difícil de entender. Pensándolo después, el tratamiento influía seguramente en su cerebro y no dudo que sería difícil de soportar física y anímicamente. Siempre mantuvo su sentido del humor, su ánimo alegre y su confianza en Dios. Desde el principio, a pesar de que fue un golpe anímico grande, siempre mostró su confianza en Dios y aceptó la enfermedad con una paciencia increíble”. “Hoan había manifestado su deseo de volver a Japón el día 1 de diciembre. Siempre sintió gran afección a su país adoptivo y hubiera querido terminar sus días aquí. Dios dispuso otra cosa, y estoy seguro que él, como buen jesuita, habrá aceptado con resignación este nuevo destino, no ya del Provincial, sino de Nuestro Máximo Superior, Jesucristo.”

Seguidamente sus restos fueron llevados a la Sacramental de San Isidro, donde el P. Superior le rezó las últimas oraciones, en presencia de algunos amigos y jesuitas, entre ellos el P. Taiju, y los hermanos Mauricio Callejo y Pedro Díaz, de la comunidad de Alcalá. Allí reposan junto a otros compañeros que le han precedido.

Que su alma descanse en paz.

*Amancio Arnaiz. S.J.*